



La Santa Sede

SANTA MISA PARA LA COMUNIDAD CATÓLICA FILIPINA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Domingo, 15 de diciembre de 2019

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy el tercer domingo de Adviento. En la primera lectura, el profeta Isaías invita a la tierra entera a alegrarse por la venida del Señor, que trae la salvación a su pueblo. Viene a abrir los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos, a curar a los cojos y a los mudos (cf. 35,5-6). La salvación se ofrece a todos, pero el Señor muestra una ternura especial por los más vulnerables, los más frágiles, los más pobres de su pueblo.

De las palabras del salmo responsorial aprendemos que hay otros vulnerables que merecen una mirada de amor especial de Dios: los oprimidos, los hambrientos, los prisioneros, los extranjeros, los huérfanos y las viudas (cf. *Sal* 145,7-9). Son los habitantes de las periferias existenciales de ayer y de hoy.

En Jesucristo el amor salvífico de Dios se hace tangible: «Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se anuncia la Buena Nueva» (*Mt* 11,5). Estos son los signos que acompañan la realización del Reino de Dios. No toques de trompeta o triunfos militares, no juicios y condenas de pecadores, sino liberación del mal y anuncio de misericordia y de paz.

También este año nos preparamos para celebrar el misterio de la Encarnación, de Emmanuel, el “Dios con nosotros” que obra maravillas en favor de su pueblo, especialmente de los más pequeños y frágiles. Estas maravillas son los “signos” de la presencia de su Reino. Y como

todavía son muchos los habitantes de las periferias existenciales, debemos pedir al Señor que renueve cada año el milagro de la Navidad, ofreciéndonos nosotros mismos como instrumentos de su amor misericordioso por los más pequeños.

Para prepararnos adecuadamente a esta nueva efusión de gracia, la Iglesia nos brinda el tiempo de Adviento, en el que estamos llamados a despertar la esperanza en nuestros corazones e intensificar nuestra oración. Con este fin, en la riqueza de las diferentes tradiciones, las Iglesias particulares han introducido una variedad de prácticas devocionales.

En Filipinas existe desde hace siglos una novena en preparación para la Santa Navidad llamada *Simbang-Gabi* (misa nocturna). Durante nueve días los fieles filipinos se reúnen al amanecer en sus parroquias para una celebración eucarística especial. En las últimas décadas, gracias a los emigrantes filipinos, esta devoción ha traspasado las fronteras nacionales llegando a muchos otros países. Desde hace años *Simbang-Gabi* también se celebra en la diócesis de Roma, y hoy lo celebramos juntos aquí, en la basílica de San Pedro.

Con esta celebración queremos prepararnos para la Navidad según el espíritu de la Palabra de Dios que hemos escuchado, permaneciendo constantes hasta la venida definitiva del Señor, como nos recomienda el apóstol Santiago (cf. *St* 5,7). Queremos comprometernos a manifestar el amor y la ternura de Dios hacia todos, especialmente hacia los más pequeños. Estamos llamados a ser levadura en una sociedad que a menudo ya no puede saborear la belleza de Dios y experimentar la gracia de su presencia.

Y vosotros, queridos hermanos y hermanas, que habéis dejado vuestra tierra en busca de un futuro mejor, tenéis una misión especial. Que vuestra fe sea “levadura” en las comunidades parroquiales a las que pertenecéis hoy. Os animo a multiplicar las oportunidades de encuentro para compartir vuestra riqueza cultural y espiritual, al mismo tiempo que os dejáis enriquecer por las experiencias de los demás. Todos estamos invitados a construir juntos esa comunión en la diversidad que es un rasgo distintivo del Reino de Dios, inaugurado por Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Todos estamos llamados a practicar juntos la caridad con los habitantes de las periferias existenciales, poniendo al servicio nuestros diversos dones, para renovar los signos de la presencia del Reino. Todos estamos llamados a anunciar juntos el Evangelio, la Buena Nueva de la salvación, en todas las lenguas, para llegar al mayor número posible de personas.

Que el Santo Niño al que nos disponemos a adorar, envuelto en pobres pañales y recostado en un pesebre, os bendiga y os dé la fuerza para continuar vuestro testimonio con alegría.

